

tuania, por ejemplo, el diablo se llevó á *Twardofki* (el *Fausto* polaco), y al pasar por los aires encima de Cracovia, éste entonó en loor de la Virgen una canción que le había enseñado su madre. El diablo abrió las garras, soltando al pecador Twardofki, el cual, por disposición divina, quedó para siempre suspenso entre el cielo y la tierra.

Asuntos triviales, antipoéticos é irreverentes.

Para los creyentes del siglo XIII, por poco que tuviese de inesperado y peregrino cualquier acontecimiento, se convertía en leyenda milagrosa; por donde se explica cómo el rey Alfonso y otros hagiólogos levantaron á la tremenda categoría de milagros hechos comunes de la vida ó incidencias de la naturaleza, cuyas leyes bastan para explicarlos.

Entre éstos pueden contarse:

La relación de la señora bretona que, careciendo de vino para obsequiar á un rey, implora el favor de la Virgen y obtiene el vino en abundancia (cant. xxii); los peces, que en ninguna parte encontraban los despenseros de Alfonso, para obsequiar con un banquete á los Procuradores á Cortes, y por intervención divina aparecen repentinamente en los estuarios del Guadalquivir (cant. ccclxxxvi); la sortija perdida, que el rey Alfonso había regalado á su hermano el infante don Manuel, y fué hallada por un hombre en medio de la calle (cant. ccclxxvi); el azor extraviado, del mismo infante D. Manuel, que los cazadores encontraron al cabo de algunos días (cant. ccclxvi), y otros varios.

Llega á veces el desenfado, inocente en verdad, hasta

hacer intervenir la imponente grandeza del poder sobrehumano de la Reina de los cielos en los antojos, recreos é intereses baladíes y prosaicos de los hombres. Se atreven á pedir á la Virgen lo que tendrían empacho en solicitar de un monarca ó de un prócer. Un escribiente del Rey, por ejemplo, implora la divina misericordia de Santa María para que salve á un caballero enfermo (cant. ccclxxv). Un caballero, vasallo de un príncipe, con fervoroso ahinco, digno de más alto objeto, pide que sane á un azor (cant. ccclii). Otra vez da la Virgen una cuba de vino, por modo milagroso, á gentes regocijadas que se lo piden para aumentar su diversión.

Algunos de estos cantares, no sólo son triviales, sino poco poéticos y poco delicados por la índole del asunto, como el de la mujer hidrópica que, un momento después de haber comulgado, arroja en la iglesia tres piedras como huevos (cant. ccviii), ó aquel del gallardo caballero catalán que por sobrenatural influencia pierde la fuerza para realizar sus impuros deleites en la habitación donde se había esculpido una efigie de Santa María (cant. cccxii).

No es dable negar que aquel envidiable fervor religioso que hacía ver á las gentes de la Edad-media la maravillosa intervención de la mano divina hasta en los hechos más naturales y comunes de la tierra, les hacía tocar candorosa é inconscientemente en los confines de la irreverencia. De ello ofrecen ejemplos las cantigas que, sin tener el carácter simbólico de las fábulas, presentan á las bestias dando ejemplo á los hombres de los más delicados sentimientos cristianos.

Tal es la del mulo tullido, que espontáneamente se

encamina á la iglesia, y, curado de repente, entra en ella para arrodillarse, piadoso y agradecido, ante el altar de la Madre de Dios (cant. CCXXVIII).

Tal es igualmente la del aldeano de Segovia que ofrece un novillo á Santa María y no cumple su oferta. El novillo, más puntual y religioso que su dueño, se dirige solo á la iglesia y se para ante el altar de la Virgen, dando así el animal al hombre una lección moral (cant. XXXI).

Los modernos no podemos ó no sabemos llevar tan lejos la fantasía mística, y nos es imposible dejar de advertir lo que hay de ridículo y de irrespetuoso en estas extrañas parábolas.

En los pormenores narrativos resalta igualmente la ingenuidad popular de gran número de cantigas. Así, por ejemplo, en la señalada con el núm. LV, la Santa Virgen envía un ángel para que sea comadrón de la monja y se encargue de la crianza del niño, advirtiéndole que le den pan, pero no de maíz:

«.....criar ll'o manda  
de pan, mais non de borða.»

En la cantiga CCXXI, relativa á una grave enfermedad que padeció Fernando III siendo niño, no teme el poeta hablar con prosaica llaneza de las lombrices del agosto Monarca:

«Ca dormir nunca podia  
nen comia nemigalla  
et uermees d'él saían  
muitos et grandes sen falla.»

No eran muy escrupulosas las gentes de los siglos.

medios en materia de refinamientos de estilo y de idea; y, así como ahora los sectarios de la flamante escuela *naturalista*, aceptaban sin desvío la expresión rastrera de las verdades é imágenes más crudas y prosaicas, y se pagaban poco de verlas envueltas y disimuladas en sencillos pero elegantes atavíos.

Arrebatado á veces el poeta por su afán de ensalzar á la Virgen María promoviendo su culto y sus loores, la hace descender, sin sospecharlo, á la más vulgar esfera de las mujeres. De ello hay no pocos ejemplos en este piadoso Cancionero; pero puede señalarse como muy característico el de la cantiga CCCVII, escrita evidentemente para el pueblo, pues, á no ser así, no se detendría el autor en decir que Sicilia es isla marítima, y otros pormenores geográficos que la gente culta de España no podía ignorar en una época en que las graves y ruidosas contiendas entre las Casas Reales de Francia y de Aragón llamaban hacia Nápoles y Sicilia la atención de la Europa entera. La versificación lozana y la gala descriptiva no alcanzan á esconder la pobreza del sentido moral. La Santa Virgen consiente que durante cuarenta días una erupción tremenda del Etna abrasa con torrentes de fuego fértiles campiñas de Sicilia, y luego le ocurre aparecer á un varón piadoso para decirle que si alguien compone en loor suyo un bello cántico cesará en el acto la calamidad que affige á los aterrados habitantes de aquellas risueñas comarcas. ¿Es esto digno de la majestad inefable de la Soberana del cielo y de la tierra? ¿No parece aquí la Madre de Dios una dama antojadiza y vanidosa, que hace alguna concesión á trueque de que halaguen su amor propio con aplausos mundanos?

Tan irreflexiva es la ingenuidad con que pintan estos cantares á la Virgen como simple mortal, con las circunstancias inherentes á la condición feménil, que una de las leyendas la presenta cual niña asustadiza. Á tal punto se aterra la Reina de los cielos de la estentórea voz de un varón que de improviso le pide amparo para un hijo suyo á quien ve caer de un puente, que, con sobresalto semejante al que experimentó cuando la matanza de Herodes, huye aterrada y no para hasta llegar á Jerusalén (1).

En otro de los cantares tienen el rey Alfonso y su esposa la singular visión de la omnipotente Madre de Dios huyendo de la capilla incendiada de Jerez con el niño en los brazos, y pidiéndoles amparo para salvar á su divino Hijo (cant. CCCXLV).

En otra leyenda, Santa María apalea por su propia mano á un león (cant. XLVII). Esta leyenda había sido ya escrita por Pothon, Gautier de Coincy y otros.

El sentimiento humano, que campea á menudo en estos cantares, lleva á veces la inspiración popular, creadora de las leyendas fantásticas del cristianismo, á una esfera arriesgada é inconscientemente sacrilega.

Pueden servir de ejemplo (sin contar aquellas canti-

(1)

«Dizend a mui grandes uozes:  
Ual-me, Rēynna Sennor!»  
Enton a Virgen bēeita  
que seu fillo Saluador  
tijnna ontre seus braços,  
ouue da uoz tal paur  
como quando Rei Herodes  
le quis seu fillo matar.»

(Cant. CCCXXXVII.)

gas en que la Virgen se muestra celosa, y otras varias que se prestan á la indicada interpretación) las siguientes:

La visión que tienen unas monjas (en una de las cantigas del caudal indígena) de una efigie de Santa María que, prosternada ante el rey Alfonso, intenta besarle la mano para demostrarle su agradecimiento por el fervor y largueza con que ensalzaba el culto divino (cantiga CCXCV).

La comparación de la Virgen con las demás mujeres, escrita en tono más caballeresco que piadoso. El Rey se declara galán de Santa María:

«e porén seu entendedor (*amante*) serei.»

(Cant. CXXX.)

La amenaza de una madre á la Virgen si no le entrega á su hijo (cant. VI).

Una de las más singulares leyendas de las *Cantigas*, la del caballero galán, rico, apuesto y además brillante justador, que, ciega y no santamente prendado de una dama, pide con obstinado fervor á la Madre de Dios, rezando durante un año doscientas *Avemarias* diarias, que con su soberana influencia ablande el rigor de su amada. La Virgen se le aparece en la iglesia ostentando sin igual hermosura, y dice al caballero deslumbrado: «Mírame bien, y escoge entre la otra mujer y yo la que más te agrade (*a que te máis praz*).» El caballero no titubea: se consagra á la adoración de Santa María, que, pasado otro año de más sanas y espirituales plegarias, se lo lleva consigo al cielo (cant. XVI).

Esta leyenda, que ya había sido más extensamente, y con no menos gala y lisura, escrita por el Prior de Vic-

sur-Aisne, Gautier de Coincy, es fiel ejemplo de la poesía de la Edad-media, atrevida en su forma y carácter emblemático, en que andan mezclados lo material y lo ideal, lo mundano y lo místico. A primera vista, la Reina del cielo, en competencia con una criatura terrestre y expuesta á ser desairada por un mortal, parece una profanación. Estudiada en su significación interna, es simplemente una lección de la simbólica cristiana. La oración calma las pasiones, y ante el amor divino, que despierta eternas y celestiales esperanzas, ¿qué es el amor humano, que estriba sólo en material y deleznable hermosura?

Asuntos de alto sentido.

Pero ese mismo sentimiento humano, que resulta algunas veces irrespetuoso para las personas de esencia divina, tiene también aplicaciones de índole conmovedora y delicada. Citaremos sólo dos ejemplos:

1.º El cantar lírico que da á la inefable Encarnación de Cristo explicación humana, y, por decirlo así, tangible al alcance del pueblo. Este es el llano y popular raciocinio del Monarca trovador:

Dios en sí mismo de nada necesita. Nunca jamás tiene hambre, ni sed, ni frío, ni dolor, ni pena. ¿Quién, pues, podría dolerse de Él y compadecer su martirio? Por eso quiso descender de los cielos y, tomando carne humana en la Virgen, morir por nosotros.... Por donde, considerado como Dios, Padre y Criador nuestro, le debe-

«Ca Deus en ssi meesmo  
ele míngua non a,  
nen famé nen sede  
nen frio nunca iá  
nen door nen coýta;  
pois ¿quen sse doerá  
d'él, nen piadade  
auerá, nen pesar?  
E porén dos ceos  
quis en terra decer

mos amor; y considerado como hombre, sentimos angustia y pesar por lo mucho que quiso sufrir por nosotros.

.....  
et quis en a Uirgen  
por nós carne prender.  
.....

Unde, come a Deus  
lle deuemos amor  
et come a Padre  
et nosso Criador;  
et come a ome  
d'él coita et door  
auermos de quanto  
quis por nós endurar.»

(Cant. de loor, L.)

2.º El empleo de la forma y proceder humano en la acción divina. De ello hay innumerables casos en las tradiciones fantásticas de los siglos medios, singularmente en la curación de enfermos. Nada más tierno, y que pueda hablar más al corazón del pueblo creyente, que ver con los ojos de la imaginación á la Madre de Dios descender del cielo para asistir y curar milagrosamente con sus celestes manos á los desvalidos y míseros mortales que, postrados y doloridos, gimen y se desesperan ante la ineficacia de los auxilios de la tierra.

Y todavía era necesariamente más viva y simpática la impresión cuando la Virgen, arrostrando lo repugnante de la dolencia, venía á sanar á los leprosos echando en las llagas leche de sus sagrados pechos (cant. LIV, XCIII y 4.ª de las cinco *Cantigas de Santa María* del Códice de Toledo, no incluidas en los códices escurialenses).

El pueblo, en su mística credulidad, tomaba, sin duda, por verdaderos milagros estas piadosas fábulas, y no echaba de ver que constituían una hermosa lección simbólica para enardecer en el alma el amor de la humani-

dad, y que hacer intervenir personalmente á la Reina del cielo en estos actos benéficos era divinizar la caridad.

Aquellos imposibles, metafísicos y morales, que reparamos ahora fácilmente con la fría é implacable crítica de nuestro tiempo, no los advertían el rey Alfonso ni los creyentes de su época: gentes sencillas, dispuestas á creer y no á dudar, no veían en estas infantiles leyendas ni ridiculez ni desvarío. Su fe era fe, y no análisis reflexivo y temerario. Cuanto con voluntad piadosa atribuían á providencia y designio del cielo, estaba para ellos al abrigo de la interpretación arbitraria de los hombres.

El espíritu poético de las *Cantigas* no consiste, ni en el arranque lírico, ni en la enredada dialéctica del artificioso estilo de los trovadores provenzales, ni en la elevación, sobriedad y ternura del clasicismo antiguo. Consiste en el popular candor y desembarazo con que el poeta narra, discurre y siente. Pero adviértese al propio tiempo qué ingenioso discernimiento y superior cultura animan aquellas leyendas piadosas, parto de la fantasía mística de todos los pueblos católicos de la Edad-media. El amor fervoroso á la Virgen inspira á los hagiólogos, y en especial al Rey Sabio, ideas de peregrina y delicada índole, como cuando explica la virginidad de la Madre de Dios comparando su concepción del Espíritu Santo con el sol, que atraviesa el cristal sin romperlo (1).

(1)

E d'esto uos mostro proua uerdadeira  
do sol quando fer dentro en a uidreira,  
que, pero a passa, en nulla maneira  
non fica britada de como siya.

(C. 3.<sup>a</sup> das Festas de Santa Maria; E. 5.)

Este sutil pensamiento del sol que traspasa el cristal dejándolo intacto debió de propagarse en el siglo XIII, pues lo encontramos también en una poesía provenzal de Peire de Corbiac consagrada á la Virgen, en la cual dice el autor que la escribe en lengua *romance* porque ésta era más fácilmente comprendida que el latín.

En el abundante caudal de las historias milagrosas de las *Cantigas*, ya universales, ya locales, las hay llenas de interés y delicadeza: unas por su alto sentido, otras por su carácter fantástico, otras por la extrañeza del asunto.

Llamaremos la atención, como simple muestra, sobre algunas de ellas:

—La segoviana dedicada á la cría de la seda, que, orando ante la efigie de la Virgen, recuerda la oferta de una toca que había hecho á la celestial Señora, y al volver afanosa á su casa para poner manos á la obra, ¡oh grata y prodigiosa sorpresa!, los gusanos mismos, por celestial impulso, estaban labrando la sagrada toca (cantiga XVIII).

—La preciosa parábola del cambista impío y nada caritativo que se convierte al ver que un leve papel, que representa el perdón divino, pesa más en sus balanzas que todo el oro de sus cofres (cant. CCCV).

—La cabeza cortada que pide confesión recuerda, aunque el objeto es distinto, la cabeza de Beltrán de Born, que, en *La Divina Comedia*, lleva él mismo en la mano, á guisa de farol, y confiesa al Dante con lamento acento sus perfidias terrestres (cant. XCVI).

—El tema legendario de las resurrecciones para ganar el cielo por medio de la confesión ó de la penitencia y la enmienda, tema muy general en la Edad-media, se halla no pocas veces en el libro de las *Cantigas*. Por

lo común se refiere á hombres, alguna vez á mujeres, como en el milagro (cant. CCXXXVII) de una pecadora de Santarém que ayunaba á pan y agua, resucitada para confesar y salvarse.

—El sacerdote alemán que, turbado y dolorido el ánimo por no tener fe en la Eucaristía, pide á la Virgen con abundantes lágrimas que le manifieste la verdad. Un sábado, al decir misa, dudando siempre en el acto de consagrar, desaparece la hostia de su vista. Levanta los ojos para buscarla, y ve á la Madre de Dios con el niño Jesús en los brazos. Le pide la hostia atemorizado, y la celestial Señora desvanece sus dudas, explicándole que aquel pan y aquel vino (en los cuales no ve otra cosa por su falta de fe) son viva representación del voluntario y sublime martirio que sufrió su Hijo para redención y consuelo del linaje humano. Aludiendo al cuerpo y á la sangre de Jesucristo, dice así al escéptico sacerdote:

«Esto es lo que tú alzas y bajas y descubres. Jesús quiso ser pobre para dar abrigo á los pobres en su reino del cielo, y hacerlos allí mucho más nobles que ninguna otra criatura.»

«Est'è o que tú alças  
et baixas et descubres;  
que quiso seer pobre  
por reventar os pobres  
no seu reino do ceo,  
et fazel-os y nobres  
mui máis que nulla outra  
que seia creatura.»

(Cant. CXLIX.)

—El papa León, para volver la quietud á su alma enamorada, lleva su austeridad y sus escrúpulos hasta

la heroica barbarie de cortarse la mano que le había besado en la iglesia, al presentarle una piadosa ofrenda, una mujer que, por influjo del demonio, lo había fascinado con su incomparable hermosura. La Virgen, apiadada ante tan cruenta expiación, restituye la mano al Pontífice (cant. CCVI).

Esta singular leyenda, creada por la temeraria fantasía popular de la Edad-media, se extendió no poco en la Península española. Hállase, si bien algo desvirtuada, en el *Libro de los Enxemplos*. También se halla en las tradiciones poéticas de Portugal. Pero estas versiones son posteriores á la cantiga del rey Alfonso, la más antigua redacción de este cuento fantástico que ha encontrado hasta ahora el diligente profesor Mussafia.

El poeta no indica si tomó el milagro de algún escrito ó de alguna relación oral. Se limita á decir que el hecho no era de época remota:

«conteo (aconteció) non a gran sazon.»

¡Cosa extraña si se considera que León IX (santo), el último Papa llamado *León* anterior al reinado de Alfonso el Sabio, gobernó la Iglesia dos siglos antes de la composición de estos cantares!

Estas atroces mutilaciones, ofrecidas á la fantasía como sangrienta expiación de los pecados, abundan en las narraciones sobrenaturales de la Edad-media. Dan de ello testimonio las mismas *Cantigas*. En la CXXXVII, un mancebo se corta el pie con que había dado una patada á su madre. En la CLXXIV un caballero se corta la lengua porque había blasfemado de Santa María.

—La Virgen celosa ó rival de una mujer (cant. XVI, XLII y CXXXII).